

es, soy fuego que alumbra y espada justicie-
 ra cuando no se me hace parte en las pasio-
 nes; á los que he enamorado con la vista, he
 desengañado con la palabra, y cuando en
 este mismo lugar me descubrió Grisóstomo,
 la bondad de su intención, le dije que la
 mía era vivir en completa independenciam
 (soledad dice el texto) y de que la tierra toda
 (sola la tierra dice el texto) gozase el fruto
 de mi recogimiento y los despojos de mi her-
 mosura... El cielo aun hasta ahora no ha
 querido que yo ame por destino; y el pensar
 que yo tengo de amar por elección es escu-
 sado. Este general desengaño sirva á cada
 uno de los que me solicitan para su particu-
 lar provecho..... Si yo conservo mi limpieza
 con la compañía de los árboles, esto es de
 la naturaleza ¿porque ha de querer que la
 pierda el que quiere que la tenga con los
 hombres? La honra y las virtudes son el
 adorno del alma, no las dignidades y las
 categorías. Yo tengo riquezas propias y no
 codicio las ajenas; tengo libre condición
 y no gusto sujetarme; ni hago promesas, ni
 desdenes, ni solicitudes..... tienen mis deseos
 por término estas montañas, este valle de
 lágrimas, y si de aquí salen es á contemplar
 la hermosura del cielo, pasos con que cami-
 na el alma á su morada primera.

Tal es el maravilloso discurso de polémica
 metafísico—crítico --apologética, cuyo

sentido, ninguno de los comentaristas del Quijote ha sabido descubrir hasta ahora ¡perdóneseme la inmodestia! ¡Y esto tan lógico, tan oportuno, tan sublime, es lo que á Clemencin ha parecido impertinente, afectado y hasta ridículo, en boca de una pastora criada con recato, y por eso digno de censura! ¡Que absurdo! ¡Por no haber penetrado el sentido simbólico del libro!

Mas acabamos de romper esos moldes de las creencias antiguas, forjado en el transcurso de casi tres siglos, y acabamos de descubrir (1) (por una poderosa intuición, que los atropellos que padezco, y los males que sufre mi patria, y el amor que yo la tengo, me han hecho sentir) que hay en

(1) Afirmino esto, porque si bien yo no he leído todo lo que se ha escrito comentando el Quijote, ni muchísimo menos, he analizado muchos estudios de crítica que sobre él han hecho hombres doctos, y no he visto nada semejante á esto que yo digo.

Lo que si puedo asegurar es, que no me ha pasado lo que á un señor General que despues de haber recibido y estudiado con la atención é interés que merecia, el plan de campaña que escribi para dar fin á la Guerra Carlista; y despues de haberlo realizado, y de envanecerse con el éxito, dijo cuando reclamé que aquel plan era mio,..... que en efecto era cierto que lo habia recibido; que en efecto lo habia estudiado; que en efecto habia llevado con aquel plan al ejército, de victoria en victoria, pero que no lo habia tenido presente al realizarlo.

Esto lo tengo publicado con mayores detalles en el folleto. =Un hecho.= Burgos 30 de Septiembre 1876.
=Con mi firma.

todo esto un pensamiento profundo: de una parte Grisóstomo, Pedro, Ambrosio y Vivaldo, que quieren hacer de la religión un sentimiento propulsor, imponiéndose al poder civil; de otra Marcela que quiere que la religión sea un sentimiento propulsor independiente del poder civil, movido tan solo con fines de amor y de virtud: de una parte la acción de una autoridad que premia con dignidades, castiga con penas y gobierna las almas valiéndose de deslumbrador atavio y soberbias potestades; de otro la acción de una idea que alimenta las almas en el campo de la verdad y las buenas obras, de una autoridad humilde, que se forma estudiando la naturaleza, y que preside las operaciones del espíritu dando expansión al alma según los dictados de la razón. De un lado, los que parten de las palabras impresas en los libros religiosos, como de invariable manifestación de la voluntad divina, y creen, que sin una potestad que se imponga y enfrene, bien justicia que castiga por cuestiones religiosas, bien obispos que legislan sobre el ejército y la justicia, la religión se convertirá en turba de metafísicos que no se entienden y que confundirán y dividirán á las gentes; de otra los que ven en la religión un hecho reflejo de la voluntad divina, y creen, que es observando y estudiando las manifestaciones de

Dios en la creación, como se llega á conocer debidamente la verdad, y como se llegarán á unir todas las naciones y todos los hombres en un solo espíritu de verdad..... En fin, reduciendo el problema á términos conocidos con la autoridad de Nuestro Señor Jesucristo, de un lado, estos que profesan la doctrina del respeto á los poderes civiles y proclaman la independenciam entre el orden espiritual y el temporal, apoyándose en aquellas memorables palabras del Salvador, al Cesar lo que es del Cesar y á Dios lo que es de Dios; y del otro, aquellos que si bien predicán esa doctrina de la separación de poderes, encuentran siempre sofismas y distingos para tenerlos en perpetua dependenciam, más ni practican la doctrina, ni transigen con los que de buena fé la profesamos ¡De un lado los que cumpliendo la voluntad de Dios practican el amaos los unos á los otros; de otro, los que pretestando la inspiración de Dios se aborrecen y persiguen y esterminan, por la intransigencia!..... Y por último, poniendo la cuestión en los términos concretos en que la planteó Cervantes y que aun hoy es objeto de apasionados debates en nuestro desventurado pais: de un lado, la teocracia, los que juzgan imposible la vida y la moral de la sociedad civil sino la dirige la Iglesia; de otro, no el Estado indiferente, no, no, no es eso que se

dice para estraviar la cuestión, metiéndolo todo á barullo, sino la libertad, los que sostienen que si bien es cierto que no se debe ni aun se puede constituir y menos gobernar la sociedad civil sin que intervenga é influya la religión en la vida de las naciones, juzgan perjudicial y hasta contraproducente, que se entreguen los pueblos á la dirección política-social del clero.

. Tal es el transcendentalísimo problema que Cervantes, ha presentado en los capítulos XII al XV del texto, para evitar las consecuencias desastrosas de aquel concierto nefasto, que primero trajo por D. Opas á los moros, y que despues produjo la horrible Inquisición, y llevo las riendas del Estado al Jesuita aleman Padre Nithard, y á la licenciada Mariana de Austria, que «no cesaban de remitir socorros á Alemania» (1) ¡á la vez que por falta de recursos perdían á Portugal! y que pusieron á la patria en una situación afrentosa.

Y si se observa que inmediatamente despues de expuesta esta teoría, se aleja Marcela sin dar lugar á nueva réplica, y que algunos quieren perseguirla, pero Don Quijote que había permanecido quieto y silencioso durante la polémica, y que está puesto

(1) Estas palabras son de la *Historia General de España*, por el P. Mariana, Continuación por el Padre Miniana. Libro I Cap. XV.

allí por Cervantes en clase de juez, pone mano á la espada y en altas é inteligibles voces, lo prohíbe, y además dice: *Ella ha mostrado con claras razones, cuan agena vive de condescender con los deseos de ninguno de sus amantes, á cuya causa es justo que en lugar de ser perseguida, sea honrada y estimada de todos los buenos del mundo, pues muestra que en él ella es sola la que con tan honesta intención vive*; si se observa que Don Quijote se despidió enseguida de todos y *determinó ir á buscar á la pastora Marcela y ofrecerle todo lo que él podía en su servicio*; si se observa que este notabilísimo episodio viene inmediatamente después de la lucha con el Vizcaino y el triunfo del Ideal Dulcinea, y cuando como hemos visto se trata de consolidarlo con el bálsamo cristiano; si se observa por último que en todo lo que va expuesto, hay una completa armonía á un fin único y elevado, como se dijo en el prólogo y se viene confirmando sin interrupción en todos los capítulos constante y sucesivamente, se puede afirmar de una manera categórica, que en efecto, Cervantes, ha querido mostrar con este, ahora, que la única manera de que la santa y bienhechora doctrina de Jesucristo, haga la unidad religiosa en todos los ámbitos del mundo y funde en un solo sentimiento cristiano las enemistades y desgracias que tienen di-

vididos á los hombres y á los pueblos por causa de las intransigencias de las religiones, y de modo que la religión se mantenga más pura y más elevada en bien de la humanidad, consiste, en que viva la Iglesia como Marcela, libre é independiente de todo poder civil, sin esquivar el trato con los hombres de ciencias, sin temor á la naturaleza, sin codiciar ni intereses ni dignidades ni categorías que la distraigan de los fines espirituales del cielo. Sin sujetarse ni á la conveniencia, ni á los intereses, de ningún Estado, de ninguna persona, ni de ninguna dinastía, sea que como San Juan Crisóstomo, San Ambrosio y el Pontífice Romano después de Carlo-Magno, *que á su modo procuraron eternizarla para que viva en la memoria de las gentes*; sea que como Bonifacio VIII y otros papas simoniacos (á quienes supone que vió el Dante, Católico, Apostólico, Romano en los infiernos) ó como Pepino, Sisenando, Ervigio y otros solapados usurpadores que aprovecharon de ella para satisfacer sus ambiciones de mando; ó que como los execrables Felipes y cuantos se llamaban grandes políticos en tiempo de Cervantes, y se apodan estadistas eminentes hoy, que atentos nada más que á su particular provecho y no viendo más allá de lo que alcanzaba Sancho, involucran lo divino, con lo humano, la religión que es sinceridad, con la po-

lítica que es doble y artera, y perturban con ello, el sentido comun y el sentido moral, de las naciones y de los hombres..... ¡error funesto, pues, por una parte, sujeta la religión á influencias egoistas y perniciosas que la desacreditan; y por otra, cohibe y entumece y enerva los entendimientos y las voluntades de los hombres de Estado por sugerencias de la religión!..... Vicio funesto que reprueba el Petrarca ante las desgracias de Italia, cuando dice á la Iglesia, no fuiste criada en pluma, la mucha ropa te ha hecho enferma y doliente; y que tambien reprueba el Dante, por la misma causa, no solo con durísimas palabras, sino poniendo en el Infierno de los condenados á muchos papas y dignidades eclesiásticas..... Vicio verdaderamente funesto tambien para nuestra patria, porque es lo cierto (por más que se sorprendan muchos que creen saber la historia y que como el loro del cuento van adonde los llevan, y no saben más, que lo que les han querido enseñar) que con los usos del primitivo cristianismo en España, que no permitía se tratasen los negocios civiles por los obispos ni por los eclesiásticos, España fué aquella grande y poderosa nación de Leovigildo, una en la península toda y más allá del Mediterráneo y del Pirineo; y donde se alojaba el saber que produjo á San Isidoro, tan docto que se pretendió que fue-

ra antepuesto á San Ambrosio al nombrar los cuatro doctores de Occidente; tan independiente, que al juzgar la conducta de San Hermenegildo con su rey y con su patria, con su padre y con su pueblo, le calificó de tirano (1); tan virtuoso que cuando vió que se le acercaba la muerte hizo que le llevaran sus discípulos á la Iglesia de San Vicente en Sevilla, y allí despues de hacer confesión pública de sus pecados, pidió perdon de sus faltas al pueblo que le admiraba con fervor, y repartió todos los bienes que le quedaban á los pobres; tan sabio en fin, que despues de haber servido con sus escritos de guía y maestro para educar á las generaciones que le sucedieron, hay que acudir á él hoy cuando se quiere saber algo de lo que sucedía y se pensaba y se creía en aquellos tiempos, mientras que por el contrario despues de esos seis primeros siglos, cuando en 589 legislaron los concilios sobre las condiciones del Rey, sobre los derechos del pueblo y sobre la conducta de los jueces y de los recaudadores de impuestos, desde aquel momento, comenzó España á

(1) Como la cita es atrevida, me creo en el caso de decir que en las conferencias que dió el sabio erudito Sr. Menendez y Pelayo, en el Ateneo de Madrid dijo.—Hay de particular en este libro.—*Historia de los reyes vándalos godos y suevos*—que San Isidoro calificó en él de tirano á San Hermenegildo—(testimonio del *Heraldo de Madrid*).

decaer, y en 124 años la antes nación poderosa de los godos, fué esclava de los moros; y la que á virtud de la libertad religiosa, dió a San Isidoro, produjo con la intransigencia al obispo D. Oppas, infame y traidor!... y hay que no perder de vista que esto no fué un accidente casual, pues lo mismo que prosperó la nación con los godos por la libertad, sucedió en tiempo de los moros; y lo mismo que desapareció por la intolerancia, la poderosa nacionalidad Ibérica que crearon los godos con la libertad de conciencia, sucedió en menos años (desde Felipe II hasta Carlos II) que tardó en anularse por esa dependencia la poderosísima civilización surgida al germinar en nuestra patria la de los árabes.

. . . . Vicio funesto para todos, porque en realidad no es otra cosa que la teocracia, la cual en sus extrañas y diversas formas, del mismo modo que inmovilizó á las naciones orientales antes de Jesucristo, y aniquiló despues la pujante civilización de los árabes, hubiera petrificado al cristianismo en las naciones occidentales, sino hubieran establecido algunas la división de poderes; y que en nuestra patria, donde aun alienta ese mal, nos tiene reducidos á una humillante inferioridad científica y social, no solo respecto de la grandeza y el respeto del Estado, sino hasta en la vida íntima, de los pueblos:

porque entre nosotros, efecto de eso, hay quienes en las familias, ahogan los sentimientos fraternales y menosprecian la honradez de los hermanos que, entienden de distinta manera que ellos, las cuestiones religiosas, lo que es contra naturaleza; y hay odios y animadversiones entre los párrocos y los feligreses, y entre los mismos sacerdotes por diferencias políticas, lo que es contra la religión; y hacen política los gobiernos á gusto de los obispos, sin cuidarse de los intereses y el progreso del país, que en esto es el primer factor, lo que es contra derecho y contra razón;... y así ¡que lo miren bien todos los pensadores! no es posible, ni hacer hombres, ni hacer patria; por el contrario no haciéndose lugar á la ciencia sino en los límites en que se juzgó á Galileo, se cae en el error de la rutina y de la preocupación, y no haciéndose caso ni de la honrada vida, ni de las buenas obras, sino vienen acompañadas de las apariencias religiosas, no hay modo de conocer ni la verdadera virtud, ni el mérito verdadero: y preponderan la ignorancia y las cualidades externas, y se engendran las hipocresías; y todo es enteco y miserable como sucedió en tiempo de D. Rodrigo, y en tiempos de Carlos el Hechizado, y va sucediendo ahora.

Tal es la transcendentalísima enseñanza que nos dictó Cervantes en estos capítulos,

mucho más elevada que las de los reformadores protestantes Ingleses y Alemanes, y á que se encaminan los grandes pensadores de nuestros dias.

*
* *

Y daba sin duda tanta importancia á esta verdad; y tenía tanto afan por dejarla bien establecida, que con estar perfectamente expuesta como acaba de verse la superioridad de ella, en el terreno de la doctrina, prosigue él apurando su ingenio para hacer constar las funestas consecuencias que aporta la teoria contraria, en el orden, de los hechos.

Y al efecto, sin dejar la pista en busca de Marcela segun concluyó en el capítulo XIV, presenta á Don Quijote y á Sancho reposando en el capítulo XV, forzados por la necesidad de alimento y de descanso, á interrumpir su camino; y dice que había en el mismo parage unos arrieros que descansaban tambien, y cuenta como se alborotó Rocinante con las yeguas de ellos, y como fué á comunicarlas sus inesperados deseos, y como y porqué los arrieros comenzaron á palos con el Rocinante, y como saliendo Don Quijote y Sancho contra los arrieros, se vieron tan machacados y molidos por ellos, que no pudieron proseguir en busca de Marcela en cuyo servicio iban, cuyos

pasos seguían, y tuvieron que acogerse á una venta donde hallaron á *Maritornes moza asturiana; de nariz roma; de un ojo tuerta y del otro no muy sana; que tenía siete palmos de los pies á la cabeza; y que por su configuración miraba al suelo más de lo que ella quisiera*: en fin que estaba al servicio público para ganarse la vida bajo la dirección del ventero, y que era *coima* del arriero.

Ahora bien, para no hacer confusa con la abundancia de detalles, la idea principal que domina en estos sucesos, y que resulte escueta y pura, prescindiremos del fondo de filosofía que hay en la interesantísima plática entre Don Quijote y Sancho, y solo haremos observar, en lo que falta del cap. XV, dos cosas: la una que segun dice el texto, *fué el diablo que no todas las veces duerme*, quien ordenó aquella aventura que impide á Don Quijote seguir en pos de Marcela; la otra que cuando se vieron en ella machacados Don Quijote y Sancho, es este, en aquellos momentos angustiosos, quien hecha de menos el bálsamo de Fierabras, *que vuestra merced me diese dos tragos de aquella bebida del feo Blas*. Y entrando despues de esto en el cap. XVI, debe observarse excusando otras muchas observaciones, porque con estas solo sale el pensamiento perfectamente claro, que *Maritornes es María te*

tornes; y la moza asturiana (dado que había entonces el error que aun hoy subsiste, de que fué Asturias la cuna de la reconquista cristiana) (1); y la nariz roma (dado que todo lo que percibía el sentido cristiano en España, era Romano, á pesar del juicio de Dios favorable á la Iglesia Española por el desafío de Juan Ruiz y por la otra prueba del brebiario Toledano); y la vista casi ciega (dado que á la fé base de las creencias católicas, la pintan ciega); y los siete palmos (dado que este número es el de dolores de la Virgen, el de las palabras de Cristo, el de los Sacramentos de la Iglesia); y el mirar demasiado al suelo (preciosa metáfora que coincide con la situación de aquella Roma

(1) Aunque no es oportuno, me creo en el caso de aclarar este concepto. Los moros despues de la resistencia de Amaya, no osaron seguir por lo que ahora llamamos Montañas de Santander, y torcieron y pasaron á la Costa por el puerto de Pajares; y se establecieron en Asturias; y trataron de correrse desde Gijón á lo que hoy llamamos provincia de Santander. Entonces los que habian resistido en Amaya, se corrieron y se situaron en las estribaciones que los picos ~~de~~ Liebana tienen sobre Asturias, aprovechando allí las condiciones defensivas naturales del terreno (lo mismo que hicieron los carlistas en la última guerra en Salta Caballo y Somorrostro cuando los liberales quisieron pasar á Vizcaya), y tuvo lugar la famosa batalla de Covadonga; y rechazados los moros, y avanzando sobre ellos desde Covadonga, y directamente desde Liebana, los cristianos se formaron por los del vértice de Amaya y los de las montañas que hoy se llaman de Santander, los reinos de Asturias y Leon.

viciosa y corrompida de las Teodoras y las Marozias) y el ser coima del arriero (figura que indica la dependencia en que vivía la iglesia de los que especulaban con la religión) son todas circunstancias que expresan que el sentido de esta alegoría es este: El espíritu Redentor que hay en el mundo, identificado con las doctrinas que ha desarrollado Marcela, vá en pos de ella, y sigue sus pasos, pero forzado por las necesidades de la vida, en que naturalmente toman parte las pasiones de la carne, se encuentra envuelto por ellas y como consecuencia, descalabrado y sin poder seguir á sus intentos; y en vez de ir á parar á Marcela, la iglesia salvadora de los primeros siglos del cristianismo, que purificó las costumbres y dominó al mundo, vino á parar maltratado á la impureza y desórdenes de la Iglesia del siglo XVI (1).

(1) Comprendiendo la natural repugnancia que han de sentir nuestros lectores, para aceptar esta interpretación, al ver que resulta comparada la Iglesia de aquel tiempo con una muger libiana y sinvergüenza, debo decir en primer lugar, que esta es una opinión de Cervantes que puede estar equivocado; y en segundo lugar, puesto que se trata de España, voy á copiar de autores irreprochables algo sobre como era entonces considerada la Iglesia, en España.

Y en primer lugar tomaré de un libro que se publicó aquí en Burgos en 1515, muy primorosamente por cierto, y que escribió el virtuoso y docto arcediano de la catedral de Burgos D. Pedro Fernandez de Villegas, con el nombre de *Querella de la fé* (en el cual

Tal es la idea que se viene desarrollando, veamos como: Cuando D. Quijote y Sancho llegan á la venta la hija del ventero y Martines asisten á ambos en su desventura, más no les presta el primer lugar que lleva el arriero, con el cual, está entretenida Martines á escondidas; por cuyo medio hace Cervantes un cuadro de aquella sociedad donde el buen sentido y la Iglesia acogían al Ideal, pero no le prestaban la mayor atención, que daban á los traficantes es-

resultaban la Fé y la Caridad huyendo al cielo ante la corrupción de las costumbres y el imperio de los vicios en las prácticas cristianas, dejando en la tierra sola á la Esperanza), estas palabras con que describía como andaba entre la gente de Iglesia la virtud:

De sy la alancaron obispos y abades

· · · · ·
y entraron los vicios y sus tempestades

· · · · ·
Y en segundo lugar tomaré de la Historia de España por el P. Mariana, Jesuita, estas otras palabras «desde Zaragoza envió (el Rey Fernando V) á Iñigo de Cabra y á Philippe Ponce para que requiriesen al papa restituyese á la Iglesia la ciudad de Benevento, y reformase los abusos de su corte y la disolución de su casa que era grande»..... «y por medio de su embajador Garci Lasso reprendió en presencia del papa aquellos desórdenes y le requirió sobre el caso, los reformase.»

Ahora bien, dado que el P. Mariana, piensa así del Papá, y el Arcediano Villegas piensa así de los obispos y abades, los lectores juzgarán lo que podía pensar Cervantes de la Iglesia. Por otra parte toda persona medianamente culta, sabe cual era, el estado de corrupción de los clérigos, cuando la reforma del gran Cardenal Cisneros.

pioadores de las ideas y los gustos reinantes.

Y despues á continuación dice, como en medio de la oscuridad y en el silencio de la ignorancia, iba Maritornes con tácitos y atentos pasos á la satisfacción de sus compromisos; y como Don Quijote, el espíritu Relentor, que estaba atento á sus pensamientos aun en medio *de aquella maravillosa quietud*, forjando en su imaginación, á su modo, una de sus aventuras, al oirla, *tendió los brazos y la asió fueremente*; y como, creyó que unas cuentas de vidrio que ella traía en las muñecas, eran preciosas perlas orientales, y como los cabellos que en alguna manera tiraban á crines él los marcó por hebras de lucidísimo oro de Arabia, esto es, que tomó á la Maritornes por Marcela; jañadiendo que *era tanta su ceguedad que ni el tacto, ni el aliento ni otras cosas que traía en sí la buena doncella no le desengañaban, las cuales pudieran hacer vomitar á cualquier otro que no fuera el arriero*; y refiere como ella *estaba congojadísima de verse* (solicitada con tanto comedimiento), *asida de Don Quijote y que sin entender ni estar atenta á las razones que le decía, procuraba sin hablar palabra desasirse* (lo cual conviene con el modo de ser de Roma regida entonces por el papa Alejandro VI y sus hijos, en una de las épocas de su mayor corrupción); y cuenta

despues, como el arriero *á quien tenian despierto sus malos deseos*, y que no gustaba de esas lucubraciones y purezas del Redentor, *celoso de que la asturiana le faltara á su palabra por otro*, esto es, de que se dejara la Iglesia, impresionar por la virtud y por el bien, *enarboló el brazo en lo alto y descargó tan terrible puñada sobre el caballero que lo bañó en sangre*, y le paseó las costillas de cabo á rabo; y describe, por fin, como surge un confflieto colosal, poniéndose en conmoción toda la venta, y como el sentido que preside achaca la culpa de lo acontecido á la Iglesia increpando fuertemente á Maritorres: *Adonde estas p..... á buen seguro que son tus cosas estas*; y añade que ella viéndose perdida se refugió en la cama de Sancho, esto es en el pueblo; y como en fin por término de todo se armó aquella terrible y magna catástrofe *daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el ventero á la moza y todos menudeaban con tanta priesa que no se daban punto de reposo: tan sin compasión, todos á bullo, que á doquiera que ponian la mano, no dejaban cosa sana.....!* imagen fiel de la sociedad cristiana de aquel tiempo, respecto á Inglaterra, Francia, Alemania, Italia y los Países Bajos y que si bien no convenía á España porque en ella no hubo esas guerras religiosas, por causa de la Inquisición, indicalo enseguida Cervan-

tes, haciendo intervenir para terminar la escena, á un cuadrillero de la Santa Hermandad de Toledo, que acudió al estruendo de la pelea *con la caja de sus títulos*, y que hechando mano á las barbas de Don Quijote *no cesaba de decir, favor á la justicia*, hasta que lo tuvo por muerto; y que además manda, *ciérrense las puertas, miren no se vaya nadie*, y que por último, notando que Don Quijote y Sancho, conversaban en términos poco favorables para él, *no lo pudo sufrir, y alzando el candil con todo su aceite dió á Don Quijote con él en la cabeza, dejándole muy bien descalabrado y todo á oscuras*, lo cual como se vé conviene perfectamente á lo que sucedía en España con la Inquisición ¡con lo que deja total y completamente terminada la escena y explicadas las funestas consecuencias que trajo la teoría de la unión entre la Iglesia y el Estado! no solo en el extranjero sino también en España, pues se vé que allí donde no ocasionó turbulencias y guerras espantosas, produjo la ruina de las ideas y el silencio del pueblo.

En medio de aquellas pavorosas circunstancias se acuerda Don Quijote del bálsamo de Fierabras, que es su mejor remedio para estas contrariedades, lo que ofrece otro argumento en pro de esta interpretación, pues es natural que tratándose de males produ-

cidos por causa de la religión, busque el espíritu redentor el remedio en este bálsamo, que es como ya se ha visto símbolo de la pureza del cristianismo, con lo que queda perfectamente redondeado el pensamiento. Pero hay más, se fabrica este bálsamo, con romero=peregrino, sal, aceite y vino ingredientes que se usan en el culto cristiano; y además diciendo muchas oraciones y haciendo signos que son de esencia en las prácticas de los cristianos, con lo que no puede estar la alusión mas clara.

Y sucede que Don Quijote, lo ideal, se sintió aliviadísimo del cuerpo, en cuanto lo tomó y en tal manera mejor de su quebrantamiento, que *se tuvo por sano*; pero Sancho Panza que no estaba en condiciones de recibirlo, estuvo á pique de sucumbir: digna metáfora con que cierra Cervantes el ciclo de tanto ingenio y en que expresa la lamentable situación de nuestro país, porque es indudable que como fin de todas esas desgracias, los seres superiores ó espíritus elevados, podrían hallar consuelo y alivio, alimentando sus almas con la pureza del cristianismo, pero el vulgo, los hombres ignorantes que ni aun tienen noción de lo delicado y sublime, el pobre pueblo español tan mal instruido y tan detestablemente educado, no podía alcanzar los beneficios de esas provechosas ideas, que no podía dige-

rir y que por hacer con las suyas un contraste tan grande, solo servirían para perturbarlo más.

Cuando Don Quijote se sintió aliviado, *quiere proseguir en busca de aventuras, pareciéndole que todo el tiempo que allí se tardaba era quitárselo al mundo* y coge sus armas, pónese á caballo y se despide del ventero y metiendo piernas á Rocinante, se alongó un buen trecho. Más al ver el ventero que no le pagan, se cobra en Sancho que sufre de este modo, manteado y quedando sin alforjas, las consecuencias de todo.

Y de este modo ingeniosísimo y congruente siempre, y con estas razones tan universales y persuasivas, ha manifestado Cervantes; sin ocuparse para nada de las cuestiones de dogma, que el catolicismo se ha equivocado al establecer las relaciones de la Iglesia con el Estado, legándonos así una enseñanza que de ser buena, podemos aprovechar todavía hoy que nuestras eminencias políticas no saben salir todavía de los moldes que forjaron el autoritario Ciceron y Augusto emperador pagano, pero que condenó Jesús, y que quiso romper Cervantes, y que todavía subsiste, y que es necesario que desaparezca, no solo por las razones que aduce Cervantes por boca de Marcela, no solo por los accidentes funestos que expone Cervantes reflejando en Maritornes y sus

cosas el cuadro de la sociedad de su tiempo, sino porque en medio de los adelantos del siglo XIX, todos debemos comprender que es de razón y de derecho que la religión tenga libertad, pero á nadie se puede ocultar, que resultan ya burdos y groseros, los sofismas y sutilezas que se usan para que el poder civil imponga por la fuerza el sentimiento religioso.

Y si alguno esta tan ofuscado que no vea, haga esta pequeña excursión por la historia, y no podrá menos de comprenderlo en este cuadro sinóptico, que voy á exponer de las desgracias que solo en el cristianismo, ha producido ese sistema funesto.

1.º Durante los tres primeros siglos, el Estado hizo grandes persecuciones, desgracias y sangre, entre los cristianos.

2.º Despues del siglo IV en que se convirtió Constantino, el Estado hizo grandes persecuciones y estragos, entre los contrarios de los cristianos.

3.º En el siglo VIII el usurpador Pepino crea, agradecido al Pontificado Romano, la verdadera teocracia, pero en donde todavia prevalece la autoridad del Estado como se evidencia hasta Carlo-Magno.

4.º La absoluta teocracia cristiana cuando prevaleció sobre el poder civil el Pontificado-Romano, despues de grandes luchas.

5.º Las grandes luchas que siguen entre

el Pontificado y el Imperio, que dan por fin lugar, en el siglo XII, al primer Concordato que regula ó concierta las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

6.º Las grandes luchas que siguen y que terminan con la guerra de los 30 años y la paz de Westfalia, y el triunfo de la supremacía de las nacionalidades, de la tolerancia civil y de la libertad de conciencia.

7.º La gran revolución y el advenimiento de la democracia que pone término á estas cuestiones, con la misma doctrina que 388 años antes había mostrado Cervantes en el Quijote.

Y si fueron al fin de tantas guerras y tantos desastres estériles esas pretensiones de la teocracia y de los políticos anteriores al cristianismo; y si está visto que nada ha logrado el Pontífice Romano cuando se puso las tres coronas hallándose en el apogeo de su poder; y si nada lograron los Jesuitas, la Inquisición y Felipe II, cuando estaba España imperando en el mundo y teníamos generales como el duque de Alba, D. Juan de Austria, D. Alvaró Bazan, Alejandro Farnesio..... etc., etc. y cuando teníamos el oro de América y estábamos concertados con Alemania donde mandaban colosos como el conde de Tylli y el famoso Wallenstein ¡que se vá á conseguir ahora que los Italianos se han apoderado de Roma y que nosotros los

españoles ni tenemos poder, ni tenemos dinero, ni tenemos hombres!¡Aquello que alguno ha llamado la constitución interna de nuestra patria, y que nos fué tan funesto pasó para no volver; y es insensato y ridículo intentar resucitarlo; aunque se nos lisongee con el recuerdo de nuestras grandezas, y se nos halague ■ apelando á pomposo nombre de honradas masas. Y es comprometer muy gravemente á la patria y á las instituciones el persistir en esas ideas y buscar el apoyo civil del clero, de los jesuitas y de los frailes, para sacarlas adelante, porque así como hay metros disparatados que hacen imposible la poesia; así como hay diapasones tan absurdos que hacen imposible el canto; así como hay atmósferas tan impuras que hacen imposible la vida, así es imposible el orden de la civilización y del progreso material y moral con esas ideas.

.
Se comprende la repugnancia que inspira á la Iglesia el estar supeditada al poder civil, pero se tocan las detestables consecuencias de que los clérigos y los obispos ejerzan directa ó indirectamente el poder civil; y si se recuerdan los males que ocasionaron los que invocando el nombre de María, hicieron el degüello de Magdeburgo que es mayor matanza que la del célebre Saint Barthelemy, y los que en nombre de

Dios tomaron el desquite en Leipsik; si evocamos tambien el recuerdo de los terribles males que trajo á nuestra patria la Inquisición, es necesario convenir en que tuvo razon Cervantes al procurar que la religión viva como la ciencia independiente del poder civil, porque es necesario que se desengañen los ateos y los fanáticos, mientras el hombre tenga conciencia de la vida futura, y esto ha de ser más evidente, cuanto más se descubra y más se progrese, el hombre, la sociedad, el mundo no podrá vivir sin religión, porque la religión es en el orden psíquico como en orden físico, por encima de todo, un hecho real, verdadero y por lo tanto científico.

CAPÍTULO III.

De como hay que variar el modo de ser del ejército.

CAP. XIX DEL TEXTO Y SU COMPLEMENTO, EL DISCURSO DE LAS ARMAS Y LAS LETRAS.

Otro de los elementos que hay, en concepto de Cervantes, para regenerar la sociedad, es el Ejército.

Es indudable que independientemente de las virtudes y de los talentos que adornen personalmente á los militares, así como

tambien de la organizaci6n m6s 6 menos sabia que por eso tenga el Ej6rcito y de los hechos particulares m6s 6 menos valerosos que individual 6 colectivamente se realicen en 6l, pueden ser los ej6rcitos en su constituci6n, 6 sea por su naturaleza, y por los fines que debe realizar en la sociedad, de dos maneras: 6 un Ej6rcito ciegamente sumiso, sin criterio propio, ni otra noci6n del deber que la de los que le pagan y mandan, 6 un Ej6rcito debidamente sumiso, y que no se deja llevar 6 tontas y 6 locas por os que le otorgan las recompensas y dan la paga: el duque de Alba y los ej6rcitos de Felipe II ofrecen un ejemplo del caso primero; el Cid en Santa Gadea y los ej6rcitos de la Reconquista, dan testimonio de la segunda manera, y son ambos ejemplos gloriosos; as6 como podr6amos citar otros infortunados.

Esta important6sima materia, esta cuesti6n sobre la obediencia ciega, 6 la obediencia debida 6 los gobiernos constituidos, tan dif6cil y tan delicada, que la misma ordenanza militar que nos rige, lo apunta y lo deja sin resolver, y al fin elude, diciendo que el oficial seguir6 en los casos dudosos el camino que sea m6s compatible con su propio esp6ritu y honor, es en concepto de Cervantes, uno de los problemas m6s graves, despu6s del problema religioso, el m6s grave problema que afecta al gobierno y 6

la vida social; y por eso se ocupa enseguida de resolverlo.

He aquí como lo plantea:

Sancho, que está maltrecho y desmazelado después del manteamiento, desea dejarse de aventuras y retirarse á su hogar; Don Quijote le dice: *calla y ten paciencia ¿qué mayor contento puede haber en el mundo, ó que gusto puede igualarse al de vencer una batalla y al de triunfar de su enemigo?* Sancho, contesta, así debe ser; pero solo sé que solo hemos vencido cuando lo del Vizcaino, y después acá, todo ha sido palos y desengaños por personas encantadas de quien no podemos vengarnos. Esa es la pena que yo tengo, replica Don Quijote, *pero yo procuraré haber á las manos alguna espada que sea eficacísimo remedio; esto es, que todavía hay medio para salvar á la sociedad después de fracasada la Religión: el Ejército. Y estando en estes co'loquios, esto es, cuando indica Cervantes este remedio, vieron que venía hacia ellos espesa polvoreda que imaginó Don Quijote levantada por copiosísimos ejércitos y que eran sencillamente dos manadas de carneros, y alegrándose Don Quijote sobre manera, dijo: *Este es el día, ó Sancho, en el cual se ha de ver el bien que me tiene guardado mi suerte.**

La cuestión que ahora trata Cervantes no

puede estar como se ve más clara: habla de la espada y del ejército cuando trata de remediar los males del pueblo; y las dos manadas de carneros, son el hecho sobre que va á discurrir valiéndose de Don Quijote y de Sancho, las entidades que creó para desarrollar sus pensamientos, y que utiliza ahora examinando el uno el caso de una manera subjetiva, esto es, con relación á lo que hay dentro de cada sujeto pensante, razon por la cual dice que son hombres, y refiriéndose Sancho por oposición al objeto exterior, á cuya causa dice que son carneros, y dejando hecha, en la polémica, la comparación.

Y á fin de puntualizarla y elevarla Cervantes, que ha visto en Lepanto luchar los dos ejércitos más poderosos que por entonces había en el Universo, y que por haberse hallado prisionero de los mahometanos conoce tanto como del nuestro, el espíritu y modo, que animaba al de ellos, va á emitir su opinión tomando á estos dos ejércitos que son los mejores, por modelo: y á continuación los describe con tantas galas y tantos primores, en el lenguaje, con una elocuencia tan retumbante y tan hermosa que encanta. Permítanme los lectores que anime lo pesado de esta interpretación, poniendo aquí entre las arideces de mi estilo, este bellísimo oasis.

Componen el uno, ejército, los que beben

las dulces aguas del famoso Jauto, los montuosos que pisan los masílicos campos, los que criban el finísimo y menudo oro de la felice Arabia, los que gozan las famosas y frescas riveras del claro Tormodonte, los que sangran por muchas y diversas vías el dorado Pactolo, los niemidas dudosos en las promesas, los persas en arcos y flechas famosos, los partos, los medos que pelean huyendo, los árabes de mudables casas, los citas tan crueles como blancos, los etiopes de horadados labios, y otras infinitas naciones, de cuyos nombres no me acuerdo... En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del cívifero Betis, los que tersan y pulen sus rostros con el licor del siempre rico y dorado Tajo, los que gozan las provechosas aguas del divino Genil, los que pisan los tartesios campos de pastos abundantes, los que se alegran en los eliseos jerezanos prados, los manchegos ricos y coronados de rubias espigas, los de hierro (1)

(1) Entre los muchísimos juicios que se han hecho sobre el sentido literal del Quijote, veo que uno atribuye á estas palabras la intención de referirse á los Vascongados. Y pareciéndome equivocada esta apreciación, creo un deber el manifestarlo, aduciendo:—1.º que si bien en Vizcaya se produce mucho hierro, no hay en la historia tipo de los vizcainos guerreanbo cubiertos de coraza y malla de hierro, mientras que en Castilla no solo hay mucho hierro, tanto en las montañas de Burgos como en las de Santander, sino que existe el verdadero tipo legen-

vestidos, reliquias antiguas de la sangre goda, los que en Pisuerga se bañan, famoso por la mansedumbre de su corriente, los que su ganado apacientan en las extendidas dehesas del tortuoso Guadiana, celebrado por su escondido curso, los que tiemblan con el frío del silboso Pirineo y con los blancos copos del levantado Apenino: cuantos toda la Europa en sí contiene y encierra.

En el uno, en el de la Liga, quien hace el papel principal es *Pentapolin del arregado brazo, gran Timonel de Carcajona, príncipe de la nueva Vizcaya, que trae en el escudo una letra que dice: Miau, principio del nombre de su dama, hija del Alfeñiquen del Algarbe*: y es verdaderamente imposible más exacto parecido, porque en aquel entonces llevábamos nosotros el timon, en el movimiento social del mundo; se habían descubierto las Filipinas, llamadas tambien

dario del guerrero vestido de hierro y fundador de la nacionalidad Española, en ella; 2.º que no es exacto que fuese Vizcaya, el pais en que se refugiaron los Godos despues de la rota del Guadalete, sino Castilla donde se batieron los Godos como ya se dijo en la página 129 y como acredita la historia del Conde Fernan Gonzalez, del Cid, del Almirante Bonifaz y de tantos otros que lo llenan todo.

Es necesario que los hijos de esta noble y menospreciada Castilla hagamos que se la guarde siempre la consideración que se la debe; y que tan perfectamente refleja el matiz con que la señala y distingue Cervantes, en estas sonoras palabras que comento.

del pueblo del que las des'ubrió—Nueva Vizcaya;—y por la unión de España y Portugal que realmente tiene la forma de un alfeñique, en todas partes donde alumbra el sol, podía decir Miau=mío, Castilla; y se distingue tambien con notable exactitud el ejército Pontificio: *aquel que carga y oprime los lomos de aquella poderosa alfana, que trae las armas como nieve blancas, y el escudo blanco y sin empresa alguna, es un caballero novel, de nación francés, llamado Pierres Papín, señor de las baronías de Utrique:* que es el límite de la propiedad y del ingenio, porque en efecto, el poderío del papa, es *Utroque*, lo uno y lo otro, lo espiritual y lo temporal; los obispos montan en mula; nunca realizó ninguna empresa el ejército del papa, el cual como es sabido va vestido de blanco, y era entonces de origen francés, y muy poca cosa, diminutivo en efecto, con relación á aquellos poderosos papas Bonifacio VIII, Inocencio III y Gregorio VII, que se sentaron en la silla de San Pedro..... El otro ejército está mandado por *Brandabarbaran de Boliche, señor de las tres Arabias, Alifanfaron de la Trapobana..... que viene armado de aquel cuero de serpiente y tiene por escudo una puerta, etc., etc.,* con otros términos y maneras que fijan y determinan perfectamente la cuestión. No cabe, pues, duda por lo tanto, de

que vamos exponiendo con exactitud el sentido del texto.

No cabe por lo tanto duda, de que está hablando del ejército, y tomando por modelo los ejércitos más notables, con motivo de los rebaños de carneros.

El simil de la comparación es verdaderamente vergonzoso pero cuadra á un ejército asalariado, de mercenarios, que no participa del espíritu nacional y no se identifica con la causa porque se bate; á un ejército que va empujado al sacrificio por una fuerza extraña ó desconocida, segun las pasiones y las ideas ó intereses del que paga; á un ejército que no tenga más ideales que la panza y que por eso parece más de animales que, de hombres. Y pues, la comparación está hecha, podemos afirmar que al hablar de este modo, Cervantes, creía que era así el ejército de su tiempo; y que lo censura fuertemente por este medio, diciendo que estos no son ejércitos, sino rebaños de carneros; figura tan natural y adecuada, que aun hoy se usa con frecuencia, no solo al ver pasar los reclutas cuando van en bandadas como una multitud inconsciente empujados por los saingentos á incorporarse á sus cuerpos, sino tambien cuando las grandes masas de soldados son torpemente en la guerra dirigidas, dejando su carne y su sangre en las campañas, como las

dejan los corderos y las ovejas en los mataderos.

Y que en efecto es así como Cervantes piensa, y que esto es, lo que quiere decir, se prueba, con la hilación y complemento de lo que sigue diciendo despues: Cervantes discurre que en el hecho de juntarse los dos rebaños que venían por opuestos lados vió Don Quijote el encuentro, choque y lucha entre los dos ejércitos; y pinta la exaltación que produce en Don Quijote esta ocasión sublime de la guerra que excita y conmueve las más delicadas fibras y las más nobles pasiones del hombre; y dice como la hidalguía y el valor y el patriotismo, representados en él, arrastran á los ideales en estos casos á tomar parte en la guerra, á pesar de las sugerencias del egoismo y del espíritu de conservación. *Vuélvase vuesa merced Señor Don Quijote, vuélvase dijo Sancho; desdichado del padre que me engendró; ¡qué locura es esta!... qué es lo que hace pecador soy á Dios; pero ni por esas volvió el Ideal que no pudiendo permanecer indiferente en ese drama conmovedor y grandioso de la guerra, se pone en ella de parte, de lo que le es más afin sugiriendo cuanto puede con la lucha á Sancho, al pueblo, con ventajosas promesas de grandes trofeos (serán tantos los caballos que tendremos después que salgamos vencedores, que corre*

peligro Rocinante no le trueque por otro, dice el texto.) Todo lo cual es una fiel imagen de lo que sucede en las naciones cuando surgen las guerras.

El problema está, pues, planteado con la mayor propiedad, todo es aquí armónico, todo está concertado, veamos las consecuencias: el Ideal, Don Quijote, resulta destrozado, *llegó una peladilla del arroyo y dándole en un lado, le sepultó dos costillas en el cuerpo:* por cuyo medio dice Cervantes que con aquellos ejércitos y aquellas guerras, saldría siempre maltratado todo ideal. Y como había en su tiempo, como en este, quien cree que la victoria viene ab-irato del cielo, esto es que la suerte de las batallas no depende ni de la disciplina, ni del número, ni de la disposición de los ejércitos, sino de la voluntad de Dios *non in multitudine exercitus victori si belli sed cælo fortitudo est.* (1.º Machab 4,19); como había muchos que creían que la guerra es de buen resultado, y que se debe hacer la guerra cuando se hace en nombre y para gloria de Dios, esto es, que la eficacia de los ejércitos depende de la Religión, causa de que muchos en vez de ser previsores en la paz apelan á las exhortaciones de los obispos y á las bendiciones del papa, durante la guerra, Cervantes, que sin duda tenía presente lo acaecido en las Cruzadas, y que abrigaba sin

duda el sentido de aquellos versos de la rima popular:

Vinieron los sarracenos
y nos molieron á palos,
que Dios protege á los malos
cuando son más que los buenos,
sale al encuentro de esa equivocada apreciación y funesto error en que incurren todavía muchos en el mundo, y lo ridiculiza diciendo: *Viéndose Don Quijote tan mal trecho, y acordándose de su licor (el bálsamo de Fierabrás, que ya hemos visto, representa el bálsamo cristiano), sacó su alcuza y púsosela á la boca, y comenzó á echar licor al estómago: más antes de que acabase de embusar lo que le parecía que era bastante, llegó otra almendra y dióle en la mano y en la alcuza tan de lleno que se la hizo pedazos, llevándole de camino tres ó cuatro dientes y muelas de la boca, y... dar consigo del caballo abajo.*

A la vez Sancho, que representa al pueblo, lo pierde todo, pues le quitan las alforjas y los bastimentos que necesitaba para comer. Y cuando despues de esto se comunican y reconocen el Ideal y el pueblo, hace Cervantes con ellos un cuadro asqueroso de repugnante realidad, poniéndolos á ambos embadurnados por el vómito que mutuamente se arrojan, sin tener ni tan siquiera con que limpiarse, ni nada para

poderse remediar, vivísimo efecto que idea para terminar y decir, hasta que punto juzga él que son funestas las consecuencias de las guerras con aquellos ejércitos, esto es, que los ejércitos así constituidos no pueden valer para redimir á la humanidad, sino por el contrario, para maltratarla empobrecerla y mancharla.

El cuadro está rematado: y condensando todo lo que precede, resulta que Cervantes, por medio de estas alegorías nos dice que un ejército organismo que no sepa distinguir hasta donde debe obedecer y le pueden mandar, instrumento ciego del que paga, envilece y degrada á los militares, convirtiéndolos en carneros, esto es, poniéndolos al nivel de los animales, y es además causa de grandes y repugnantes desgracias, no solo para los grandes ideales de la humanidad si que tambien para la materialidad de la vida. Pensamiento profundo, pensamiento sublime que debiera servir de advertencia y enseñanza en la ciencia sociológica, no solo por la gran autoridad de Cervantes, sino porque si bien y serenamente se consulta la historia, hay muchas ocasiones donde comprobar que todas las instituciones que instruyen elevan y dignifican el ejército, se arraigan; que todas las sociedades que se apoyan en el clero, en los literatos, en los filósofos y leguleyos fracasan, y solo

prosperan y viven, las que mantienen alto, noble, instruido y dignificado al ejército. De esta manera tan determinante resolvía Cervantes, hace 292 años, el gravísimo problema que todavía no han osado estudiar, nuestros tratadistas ni nuestros legisladores.

Así lo cree Cervantes, y por eso, cuando discuten sobre su desventura, Don Quijote y Sancho, este le dice: *¿no le decia yo, señor Don Quijote, que se volviese, que no eran ejércitos, sino manadas de corderos?*, y Don Quijote contesta: *ejércitos son; solo que los han trastornado y envilecido los que dirigen esta sociedad; y para que te desengañes y veas que es cierto lo que te dijo haz una cosa Sancho, por mi vida: sube en tu asno y siguelos bonitamente, y verás como en alejándose de aquí algún poco, se vuelven en su ser primero y dejando de ser carneros son hombres hechos y derechos como yo te los pinté primero.* Preciosa metáfora cuyo verdadero sentido á nadie se puede ocultar. Dice Cervantes en ella que los ejércitos son de hombres á quien Dios ha criado para pensar y sentir y tener iniciativas, pero que están los hombres tan atrasados y piensan y sienten de tal manera, que los escuadrones de soldados resultan manadas de carneros; y añade que eso no será siempre; y dice que llegará un día, en alejándose de allí algun tiempo, en que dejando de ser

carneros serán hombres hechos y derechos, con aquellos atributos y circunstancias con que los describió tan magníficamente al principio; y que realmente ahora solo tienen en apariencia, porque carecen de personalidad.

Cuando será ese día, es decir, como debe pensar la sociedad y como debe ser el ejército para llegar á ese resultado, lo dice Cervantes más adelante, en el discurso sobre las armas y las letras, capítulo XXXVIII de este mismo tomo que analizaremos oportunamente.

CAPÍTULO IV.

De como hay que variar en el modo de ser del clero.

CAPÍTULO XIX AL XXI DEL TEXTO, Y SU COMPLEMENTO,

EL CURIOSO IMPERTINENTE

Hemos visto en lo que precede consigno- do que Cervantes no cree posible que la religión y el ejército tal como estaban constituidos en su tiempo, pudieran ser elementos adecuados para redimir á la sociedad, del estado en que se hallaba.

Y debo hacer notar una circunstancia



que á esta altura considera acertado apun-
tar Cervantes, y que es del mayor interés,
la de que termina el capítulo anterior, di-
ciendo Don Quijote á Sancho, *sube amigo y
guia, que yo te he de seguir al paso que
quisieres*; con lo que expresa, que despues
de la religión y del ejército, mecanismos
adecuados para dirigir en el orden de las
ideas á la humanidad, no hay reglas fijas
ni otro modo para guiarla que regirse por
las circunstancias y por el instinto, que es
como si digera, que la religión y el ejército
constituyen la esencia, lo que es fundamen-
tal, inmutable y causa generadora de las
ideas y del bien social; y que esto que vá á
tratar ahora, es circunstancial ó derivado de
ellas, y como tal, hay que acondicionarlo
para la vida práctica segun los casos y los
tiempos.

Al comenzar el capítulo XIX, están des-
consolados los dos elementos que constitu-
yen el modo de ser del espíritu Redentor
encarnado, por tanta desventura como les
ha sucedido: esto es, lamentando Cervantes
lo desgraciada y perdida que está la huma-
nidad, por no haberse establecido en el
mundo, el criterio social sobre la religión
y el ejército tal como él lo siente y enseña.
Y lo que en primer lugar le parece á San-
cho (que es lo que hay de más material é in-
tuitivo en el espíritu Redentor) que puede

servir para salvar á la sociedad de ese estado lamentable, es la monarquía: (*Paréceme señor mio, dice Sancho, que todas estas desventuras que estos dias nos han sucedido sin duda alguna han sido pena del pecado cometido por vuestra merced, por haberse olvidado de lo del yelmo de Mambrino, esto es, de la Monarquía, como se verá luego.*) Y Don Quijote que juzga que bien pudiera la monarquía ser remedio para los males que sufre la sociedad, pero que cree necesita modificarse mucho para poderlo ser, le contesta: *tienes razon, más para decirte verdad ello se me habia pasado de la memoria; y puedes tener por cierto que por no habérmelo tu acordado en tiempo, te sucedió aquello de la manta* (conforme á lo que realmente debe ser, que el monarca sea amparo del pueblo); *pero yo haré la enmienda.*

Y estando en estas pláticas les tomó la noche en mitad del camino sin descubrir donde se recogiesen, y con mucha hambre, y para acabar de confirmar esta desgracia les sucedió una aventura, que sin artificio alguno verdaderamente lo parecia, y fué de esta manera, que yendo siempre guiando Sancho, lo material, el vulgo, vieron que por el mismo camino que iban, venían hacia ellos gran multitud de lumbres que se movian. Pasmose Sancho, y Don Quijote no las tenía todas consigo: Sancho comenzó á tem-

blar como un azogado, y los cabellos de la cabeza se le herizaron á Don Quijote.

Ahora bien ¿que cosa es esta temerosa visión que encuentra el espíritu Redentor con tan terribles y espantables efectos pintada por Cervantes, y que juzga este que se debe estudiar antes que la monarquía para bien de los pueblos? eran veinte encamisados y otros seis más, con *hachas encendidas, todos á caballo, con sobrepellices, revueltos y euvueltos en sus faldamentos y loyas, murmurando entre sí con voces compasivas, enlutados hasta los pies de las mulas*, que venían acompañando á una litera ó caja. ¿Más que se quiere representar con esto semejante á los fariseos y escribas que acompañaban y andaban al rededor del arca sin darse cuenta de lo que había dentro?

Al verlos Don Quijote *se le representó en su imaginación AL VIVO*, que aquella era una de las aventuras que él buscaba, y poniéndose *en medio del camino por donde los encamisados* forzosamente habían de pasar, les lanzó este valiente reto: *deteneos, caballeros, quien quiera que seais, y dadme cuenta de quien sois, de donde venis, adonde vais, que es lo que ahí dentro llevais.*

La circunstancia de ser estos sugetos, *encamisados*, esto es, hombres que no luchan en campo abierto y á la luz del día, sino por sorpresa; y la de que así como cuando la

aventura del Vizcaino imaginó Don Quijote que iba dentro del coche *una señora* esto es, un Ideal, ahora cree que lo que debía ir dentro de la litera, *era algun mal ferido ó muerto caballero*, esto es, un luchador, demuestran cual es el caracter ó la significación de esta aventura, encaminada á tratar hechos arteros ó de especulación. Don Quijote insiste en aclarar el misterio y dice: *Conviene y es menester que yo lo sepa, ó bien para aplaudiros ó bien para castigos.* Vamos de prisa, contestan los encamisados que no se quieren dar á razones. Pero entonces Don Quijote encolerizado, enristra su lanza, los acomete y hecha por tierra á uno de los enlutados mal ferido, y los pone á todos en fuga asustados porque creen que les ha salido al paso el mismo demonio, *todos pensaron dice el texto, que aquel no era hombre sino diablo del infierno, que salía á quitarles el cuerpo muerto.....* Y se descubre el asunto.

Cuando Don Quijote se encuentra á solas con el herido y sabe por él que es licenciado de primeras órdenes, le increpa diciéndole *¿y quien diablos os ha traído aqui, esos, os mete en estas cosas, siendo hombre de Iglesia?* Y cuando se entera de que venían allí doce sacerdotes acompañando á un muerto que llevaban desde la ciudad de Baeza, á la de Segovia, donde había de ser el enterramiento, replica, la culpa de todo,

el daño estuvo, en venir como veniades de noche, revestidos con aquellas sobrepellices, con hachas encendidas, rezando, cubiertos de luto, que propiamente semejabades cosa mala y del otro mundo; esto es, les culpa por aquella manera cual si pensara que eso era una profanación de la codicia sobre la piedad en lo que sin duda piensa, porque á nada venía presentar el contraste que ofrecen los tristes rezos y las apariencias terroríficas, con lo bien montados que iban y las repletas alforjas que llevaban para su comodidad los sacerdotes; y á esto obedece que añade: así yo no pude dejar de cumplir con mi obligación acometiéndoos, y os acometiera aunque verdaderamente supiera que érades los mismos satanases del infierno, que para tales os juzgué y tuve siempre.

Ahora bien, si observamos que antes de comenzar estos sucesos nos dice el texto, que esta es *una aventura que sin artificio alguno verdaderamente lo parecía*, esto es, que esta aventura se debe entender literalmente; y que en realidad el sentido literal de lo que precede es tal, que refleja sin necesidad de simbolismos una oposición de criterio entre el modo de ser de Cervantes y el modo de ser del clero rutinario (patente aquí, no solo por el choque que queda dicho, sino por el contraste que pone Cervantes, entre Don Quijote y Sancho faltos de alforja,

expuestos á perecer de hambre, y aquellos señores que traian de repuesto *una acémila bien bastecida de cosas de comer*; y por la tenacidad con que sostiene Don Quijote lo hecho, aun despues de saber que eran sacerdotes y restos venerables de un muerto, lo agredido por él) podemos deducir sin violencia alguna, que hay aquí una acción doctrinal dirigida á enmendar y corregir las especulaciones del clero: una sátira contra los usos externos de la codicia sacerdotal.

Si alguna duda quedara sobre eso, se desvanece con lo que sigue.

Y con efecto: *advierta vuesa merced que queda descomulgado por haber puesto la mano violentamente en cosa sagrada* le dice el clérigo (frases que son aplicables á la situación de Cervantes en Ecija); y él contesta: en primer lugar que *yo no puse las manos sino en este lanzon*; y en segundo lugar, que respetando mucho á los sacerdotes y á la Iglesia como católico y fiel cristiano que soy, en este caso no creía ofender á cosas de Dios, sino á *fantasmas y á vestiglos*, esto es, á monstruos horrendos y fabulosos; y en tercer lugar que estas cosas que no se relacionan con el dogma, le tienen á él muy sin cuidado: *en la memoria tengo, dice, lo que le pasó al Cid Rui Diaz cuando quebró la silla del embajador de aquel Rey delante de su Santidad el papa, por lo cual le desco-*